

En cambio de estas condiciones que pensaban exigir á Francia, se obligaria á Inglaterra á que dejase á Malta, restituyese las colonias de que se hubiera apoderado, y aun secundase los esfuerzos de los franceses en otra empresa contra Santo Domingo, pues la Europa estaba interesada en arrancar aquella magnífica colonia á la barbarie de los negros insurrectos. Por último, tambien se obligaria á que conviniese con todas las naciones en la formacion de un código marítimo equitativo, debiendo reconocer á Napoleon todas las córtes como á emperador de los franceses.

Ciertamente que si Rusia hubiera sido bastante fuerte para hacer que Austria consintiera en la independencia de Italia, é Inglaterra en la de los mares, Napoleon hubiese sido muy culpable negándose á admitir las condiciones propuestas; pero lejos de abandonar Austria la ciudad de Venecia á los organizadores de una nueva Europa, estaba impaciente por volver á Milan y dirigirse hácia Suabia, y la Inglaterra se proponia conservar á Malta, no reconociendo el derecho de neutralidad. Si Napoleon, pues, se obstinaba como no hay duda se obstinaria, en retener el Piamonte, Suiza y Holanda, para aprovecharse en ventaja propia de unos países que sus enemigos querian constituir contra él, merece disculparse su ambicion al ver la que abrigaban los demás gobiernos europeos.

Por lo demas, este proyecto, concebido en un principio con sinceridad y generosa intencion, hubiera sido justísimo si todos le hubiesen aceptado tal como era en sí; pero en manos de una coalicion hipócrita debia ser un pretexto para hacer que Francia se negase á admitirlo, con lo cual

volvieron á poner en sus brazos la Europa, segun demostrarán bien pronto los hechos.

Si Francia reusaba, y era probable que así sucediese, debian obrar militarmente contra ella; pero en este caso era preciso ocultar y no publicar la intencion que tenian de mudar su gobierno, halagar su orgullo, tranquilizar á los compradores de bienes nacionales, y prometer al ejército que conservaria sus grados, haciendo lo mismo que se hizo en 1814; y si cansados los franceses de un gobierno belicoso y agitado, volvian á pensar en la antigua dinastia, entonces es cuando correspondia pensar en restablecerla, pues debiendo esta dinastia su restauración á la Europa, se contentaria con mucha mas facilidad que la familia de Bonaparte con el pequeño estado que querian dejarle.

La guerra podia presentar diversas fases, y si los que la promovian eran dichosos á medias, arrebatarian á Francia la Italia y la Bélgica; pero si la victoria que alcanzasen era completa, quitarian tambien á Francia las provincias rhenanas, es decir, el territorio comprendido entre el Mosa y el Rhin. Sin embargo, era preciso no olvidar la falta que se cometió con Luis XIV, y guardarse de renovar el ejemplo de altanería que dió el pensionario Hensio, pues si Francia salia de la lucha demasiado maltratada, nunca descansaria, debiendo dejársele por lo mismo algo de lo que últimamente habia conquistado, tirando una línea desde Luxemburgo á Maguncia, y concediéndole, además de esta última plaza, lo que se llama la Baviera rhenana. Tales eran las combinaciones de los autores del plan, conociéndose claramente que

no las habia retocado Mr. Pitt, pues en tal caso hubieran llevado el sello de un odio apasionado, como las que prevalecieron diez años mas tarde.

En la doble hipótesis de que la guerra fuese mas ó menos afortunada, se distribuía en el plan la Europa del modo siguiente.

Antes que nada importaba prevenirse contra la nacion francesa, dotada de un *talento peligroso*, y de carácter emprendedor, siendo necesario para ello rodearla de estados poderosos capaces de defenderse. A fin de conseguirlo, pues, era preciso en primer lugar reforzar á Holanda con Bélgica, formando con estos dos países lo que se conocia con el nombre de *reino de las dos Bélgicas*, y concediéndolo á la casa de Orange, que habia sufrido tanto de resultas de la revolucion francesa. A Prusia se la mantendria donde se hallaba, esto es, hácia la parte del Rhin; tal vez se le devolveria las pequeñas provincias que habia cedido á la república francesa, tales como los ducados de Cleves y Gueldre, y hasta donde fuese posible hacerlo se la estableceria en Westfalia en derredor de Holanda, para que no tuviese contacto alguno con Francia. Sin embargo, en virtud del principio de desinterés impuesto á las grandes córtés, principio sin el cual no podia establecerse á Europa sobre bases durables, se daria muy poco á Prusia, á fin de poder organizar á Alemania é Italia de un modo conveniente. Además del reino de las dos Bélgicas creado en el Norte de Francia, se crearia en el Mediodia y el Este el reino de Piamonte, con el nombre de *reino Subalpino*, y se le adjudicaria á la casa de Saboya, destronada en el día, y que sufrió mucho mas que la de Orange por la causa

comun de los reyes. No se le devolveria la Saboya pero se le concedería todo el Piamonte, toda la Lombardia y aun el estado veneciano, quitándose-lo para ello á Austria, mediante la indemnizacion que sigue, y por último se añadiría el territorio de Génova á aquel vasto territorio. De este modo formaria el reino Subalpino el estado mas importante de Italia, y seria capaz de mantener la balanza entre Francia y Austria, sirviendo mas tarde de cimiento para la independéncia italiana.

La Italia, país tan hermoso como interesante, tendria una constitucion aparte, para que pudiera disfrutar de esa existencia propia que tanto y tan inútilmente deseaba, y como en aquel momento era una cosa imposible reuniría en un solo cuerpo de nacion, compondriase de varios estados, unidos por un lazo federativo bastante fuerte, para que pudieran obrar de consuno con tanta facilidad como presteza. Además del reino Subalpino, que comprendia toda la Italia Alta desde los Alpes Maritimos hasta los Julianos, y tenia dos puertos de tanta importancia como Génova y Venecia, habria el reino de las Dos Sicilias con los límites actuales, pero colocado al otro extremo de la península, hallándose en el centro el papa, dueño ya de las Legaciones, manteniéndose en una neutralidad perpétua, y desempeñando las funciones de archi-canciller de la confederacion, como el elector de Maguncia en el cuerpo germánico; tambien estaria en el centro el reino de Etruria dependiente de España; y luego, ya en los intersticios, ya en los estraños, la república de Luca, la orden de Malta, la república de Ragusa y las Siete Islas, teniendo este cuerpo itálico organizado fede-

ralmente, un gefe como el cuerpo germánico, pero no electivo, dignidad de que disfrutarian alternativamente el rey de Piamonte y el de las Dos Sicilias.

No hay duda en que esta combinacion era tan generosa como acertada, y Francia debia haberse impuesto sacrificios porque se realizara, si las juveniles cabezas que gobernaban á Rusia hubieran sido capaces de querer formalmente una gran cosa.

Saboya, arrancada de la corona de Cerdeña no hubiese sido devuelta á Francia, pero se la habia agregado la Valtelina y los Grisonos convirtiéndola en canton suizo, y dividida en cantones la Suiza, pasaria al dominio de la Alemania, como uno de los estados confederados.

El imperio germánico debia someterse á un régimen enteramente nuevo. Oprimido como se hallaba, unas veces por el Austria, y otras por la Prusia, cuyas naciones disputaban su dominio, estas dos potencias no formarían parte de la confederacion, puesto que no hacían otro papel que el de gefes de un partido ambicioso; y de este modo, entregado á sí propio el cuerpo germánico, habiendo perdido aquellas dos grandes masas; pero ensanchándose con el reino de las dos Bélgicas y con Suiza, libre ya de toda influencia engorrosa, y sin otra mira que los intereses alemanes, no tendria á pesar suyo que tomar parte en guerras injustas, ó que nada tenían que ver con sus verdaderos intereses. La corona dejaria de ser electiva, y los principales estados de la confederacion germánica tendrían por turno la direccion suprema, como pensaba hacerse en Italia, reforzándose por medio de nuevas modificaciones territoria-

les á Bade, Wurtemberg y Baviera, y poniéndose término á la reyerta que Baviera traía con Austria con dar á esta la frontera del Inn.

Consiguiente á esto, los tres grandes estados del continente, es decir, Francia, Prusia, y Austria, quedarian separados unos de otros por medio de tres grandes confederaciones independientes; á saber, la germánica, la suiza, y la itálica, las cuales se daban la mano desde el Zúiderzée, hasta el Adriático.

Suponiendo que todas estas combinaciones fuesen buenas y practicables, no podemos menos de observar que con separar á Prusia y á Austria del cuerpo germánico, nose emancipaba á la Alemania, porque estas dos ambiciosas naciones, al verse fuera de la confederacion, hubieran obrado como los estados absolutos situados en derredor de uno libre, como Federico y Catalina con Polonia, dividiéndola y agitándola, sino es ya que en lugar de querer egercer influjo sobre ella, aspirasen á conquistarla. La verdadera independencia de Alemania consistia entonces en organizar de un modo estable á la Dieta, y repartir equitativamente los votos entre Austria y Prusia, de tal suerte que la confederacion pudiera mantener la balanza entre ellas. Si agregamos á esto un arreglo europeo que no hiciese á Prusia enemiga natural de Francia, como sucedió en 1815 con darle las provincias del Rhin, y que las dos potencias alemanas continuasen siendo rivales, pero siempre en equilibrio, gracias á la Dieta, la Alemania hubiera sido libre, es decir, capaz de hacer que sus resoluciones tuviesen por objeto promover sus verdaderos intereses.

Suprimir la eleccion para la corona imperial, no nos parece tampoco muy acertado, pues aunque hacia dos siglos que esta corona no habia salido de la casa de Austria, la eleccion era un vinculo de dependencia que obligaba á dicha casa á contemplar á los estados de Alemania, y algunas veces es útil que los grandes dependan del voto de los pequeños, cuando esto no produce anarquía. La Alemania constituida como lo fué en 1803 por Napoleon, dando algunos votos á los católicos para volver á establecer la balanza, que se inclinaba demasiado á costa del Austria, era á nuestro modo de ver las cosas, un arreglo mejor y mas natural que el que concibieron los autores de la nueva organizacion europea.

Aunque el principio esencial del plan propuesto era el desinterés, podia muy bien llegar este desinterés, hasta no adquirir y contentarse con el mejor arreglo de Europa por única indemnizacion de los gastos de la guerra, pero no hasta perder. Debía, pues, indemnizarse á Austria por el estado de Venecia que querian renunciarse, y en consecuencia le daban la Moldavia y la Valaquia, para que llegando como llegaba de este modo hasta el mar Negro, perdiese el temor que tenia de verse algun dia bloqueada por Rusia.

El imperio otomano siguió lo mismo, exceptuando algunas restricciones que vamos á dar á conocer.

Quedaba el Norte, y allí habia mucho que hacer, segun el modo de pensar del que se ocupaba en organizar á Europa, trabajando con tanta libertad sobre el mapa del mundo. La frontera que separaba á Prusia de la Rusia, era mala, pues las

dos potencias referidas se habian repartido la Polonia, y para el abate Piátoli, los jóvenes á quienes inculcaba sus ideas políticas, sobre todo el príncipe Czartoryski, y aun para Alejandro, era un gran atentado la desmembracion de la Polonia. Efectivamente, cuando en tiempo de Pablo se hallaba ocioso y oprimido Alejandro, dijo muchas veces á las personas con quienes se desahogaba, que sus abuelos habian cometido un crimen, desmembrando á la Polonia, y que seria para él una fortuna poder reparar ese crimen; pero ¿cómo podrian rehacer á Polonia? ¿Cómo la pondrian, de pié y aislada, entre los estados rivales que la habian destruido? Habia un medio para ello, cual era volver á constituirla enteramente, devolverle todo el territorio de que se compuso en otro tiempo, y darla en seguida al emperador de Rusia, quien le otorgaria la gracia de que tuviese instituciones independientes, con lo cual esa misma Polonia, destinada segun las ideas que antiguamente abrigaba Europa á servir de barrera á la Alemania contra Rusia, debía servir en el tiempo de que vamos hablando de barrera rusa, ó mas bien de vanguardia contra la Alemania. ¡Tal era la ilusion que se hacian aquellos jóvenes dados á la política, tal era la ambicion con que alimentaban el alma de Alejandro! Es decir, que la gran indignacion que les causaba el atentado cometido en el siglo anterior, y el noble desinterés que querian imponer á todas las córtés para reprimir la ambicion de Francia, iban á parar en definitiva á rehacer la Polonia para darla á Rusia! No es esta la primera vez que bajo la capa de ostentosas virtudes, han ocultado las naciones

una gran dosis de vanidad y no poca ambicion, aspirando no obstante á conquistar el aprecio del mundo con sus mentidas virtudes. La córte de Rusia, que entonces hacia gala mas que ninguna otra de equidad y desinterés, pretendia encaramada en el polo, dar lecciones á Inglaterra y Francia, y pensaba allá en su interior en poseer completamente á Polonia. Sin embargo, en sus proyectos iba oculto un sentimiento que merece ser honrado, á saber, el del príncipe Czartoryski, quien como no viese posibilidad alguna de restablecer la Polonia con el auxilio únicamente de brazos polacos, á falta de otros, queria valerse de brazos rusos. Esto á lo menos tenia un objeto legítimo, y solo podia echársele en cara una cosa que ya habian notado muchas veces los rusos, denunciándola al emperador Alejandro, cual era que pensaba mas en los intereses de su patria que en los de Rusia, y que llevado de esta mira, queria que su amo emprendiese una guerra mal calculada á lo cual tendia tambien el abate Piátoli, que tenia mucho apego á las cosas de Polonia. Era difícil con todo proponer á la *liga de intervencion* fundada en un principio de desinterés, que dejase la Polonia á Rusia; pero habia un medio de conseguir el objeto, pues como Prusia era aficionada á la paz, y le gustaba aprovecharse de la neutralidad, probablemente no consentiria en pronunciarse, y en tal caso, para castigarla por su negativa, las naciones aliadas caerian sobre ella, arrebatándole Varsovia y el Vistula para constituir con esta gran porcion de la Polonia antigua y la que ya poseia Prusia, la nueva Polonia de que Alejandro debia ser rey y legislador.

A estas ideas hay que agregar otras, accesorias para el plan, y entre las cuales habia unas muy singulares, pero otras justas y generosas.

Debía obligarse á Inglaterra á que devolviese á la órden la plaza de Malta, y en cambio abandonaria Rusia la isla de Corfú, para que figurase entre las Siete Islas. Como Inglaterra se habia apoderado de la India, era preciso dejársela para podia sacarse del Egipto un partido inmenso para la civilizacion, el comercio general y el equilibrio de los mares, quitándosele á la Puerta, y dándolo á Francia para que se encargase de civilizarlo. Con él se compondria un reino oriental, feudatario de Francia, haciendo que reinasen allí los Borbones si á la conclusion de la paz seguia en el trono Napoleon, y éste si los Borbones recobran la corona. A la Puerta se le restituiria los estados berberiscos, y aun se le ayudaria á conquistarlos de nuevo, á fin de que aboliese en ellos la pirateria, bárbarie que deshonoraba á Europa. Por último, algunas naciones se hallaban en posesion de ciertos frutos de un modo contrario á la naturaleza de las cosas, y aunque consagrada dicha posesion por el tiempo y el derecho de conquista, era prudente y redundaba en beneficio de la humanidad el poner término en semejante estado. Por egemplo, Gibraltar servia á los ingleses para mantener en España un contrabando vergonzoso que corrompia las costumbres de aquel pais; las islas de Jersey y Guernesey ayudaban á los mismos ingleses á suscitar la guerra civil en Francia, y Memel en manos de la Prusia, era sobre el territorio de Rusia una especie de Gibraltar con respecto al fraude, siendo preciso por lo mismo,

á ser esto posible, tratar de que mediante ciertas compensaciones renunciasen sus poseedores los dichos puntos de que hacian un uso tan punible.

España y Portugal debian conciliarse y estar unidas por medio de un lazo federal que las pudiese al abrigo de la influencia francesa por una parte, y de la Inglaterra por otra. Para ello era preciso obligar á que Inglaterra reparase los agravios que habia hecho á España, é insistir en que la devolviese las galeotas que habia apresado, y librar á la córte de Madrid que no pedia otra cosa, de la tiranía de la Francia.

Para complemento de la gran obra que tenia por objeto reorganizar á Europa, debia el emperador de Rusia dirigirse á todos los sábios de cualquier pais que fuesen, y pedirles un código de derechos de gentes; que abrazase un nuevo derecho marítimo, pues segun decian los autores del plan; era una cosa tan inmensa como bárbara que una nacion declarase la guerra sin haber pasado antes por el arbitramento de un estado vecino y desinteresado, y sobre todo que una nacion empezase las hostilidades contra otra sin haber declarado antes la guerra, como acababa de hacer Inglaterra con España, y que inocentes comerciantes se viesen arruinados ó privados de su libertad por una especie de alevosia. Tambien era insufrible que las naciones neutrales fuesen víctimas del furor de potencias rivales, y no pudiesen atravesar los mares sin verse espuestas á las consecuencias de una lucha con que nada tenian que ver. El honor de la gran córte reformadora exigia tratase de evitar todas estas calamidades por medio de leyes internacionales, debiendo por

lo mismo concederse premios á los sábios que propusieran sobre esto el mejor sistema de derechos de gentes.

Así es como con esta mezcla de ideas raras, elevadas unas, y otras puramente ambiciosas, estas acertadas y aquellas quiméricas, exaltaban la mente y el corazon de aquel emperador jóven, inconstante, vivo y envanecido con sus intenciones honradas pero pasajeras como si hubiesen sido virtudes probadas ya.

Verdaderamente se creia llamado á regenerar á la Europa, y si algunas veces abandonaba sus hermosos sueños, era al pensar en el grande hombre que dominaba al Occidente, y no era muy á propósito para dejar que le regenerase sin contar con él ni contra su voluntad. Los que observaban á Alejandro de cerca notaban hartó bien que su corazon se estremecia cuando vislumbraba la guerra con Napoleon como resultado final y probable de todos sus planes.

Tan extraño proyecto no merecia la honra de que hablásemos de él con tanta estension, ni mas ni menos que esas mil proposiciones con que los forjadores de planes cansan muchas veces á las córtes que tienen la debilidad de darles oídos, si Alejandro y sus amigos no lo hubiesen adoptado, y lo que es mucho mas grave, sino hubiese sido el testo de todas las negociaciones que se entablaron en aquella época para servir al fin de fundamento á los tratados de 1815.

Acusábase en aquel entonces á la revolucion francesa, y esto es digno de la mayor atencion, de que habiendo prometido dar la libertad, la independencia y la ventura á todos los pueblos, ha-

bia faltado á su palabra: y hé aquí el poder absoluto puesto en práctica. Jóvenes honrados y sinceros unos, y otros puramente ambiciosos, empapados en las doctrinas filosóficas, unidos por su nacimiento y por la uniformidad de sus deseos, agolpados en derredor del heredero del mayor imperio despótico de la tierra, encantados al creer rivalizar con la revolucion francesa en ideas generosas y populares. Esta revolucion que segun ellos no habia dado la libertad á Francia, pues acababa de nombrar un rey, y que no dió tampoco á las demás naciones sino una dependencia humillante del imperio francés, era la que deseaban destruir, oponiéndola una regeneracion europea fundada sobre la equitativa distribucion de territorios y un nuevo derecho de gentes. Debia existir una Italia independiente, una Alemania libre y una Polonia reconstituida: las grandes potencias debian tener un freno que las contaviese: la misma Francia deberia ser igualada respectivamente á los derechos de las demás naciones: los abusos de las guerras maritimas y terrestres debian desaparecer, los piratas serian exterminados: restablecidas las antiguas vias comerciales del Egipto, y en fin, la ciencia redactaria el derecho público de las naciones. Todo esto no solo era objeto de los libelos de un redactor vulgar de memorias, si no que lo era tambien de proposiciones serias á todas las córtés y de graves discusiones con el hombre menos quimerico del mundo, es decir con Mr. Pitt! En el dia, que ya han pasado cuarenta años mas por nosotros, sabemos á lo que han venido á parar todas esas miras filantrópicas del poder absoluto, pues los inventores de aquellos planes

vencidos y desconcertados durante diez años por el mismo que querian destruir, vencedores una sola vez en 1815, no han hecho ni un código del derecho marítimo, ni han libertado la Italia ni la Alemania, ni la Polonia; Malta y Gibraltar han seguido perteneciendo á los ingleses y los limites de la Europa, trazados para satisfacer momentáneos intereses, son los menos equitativos que se pudiera imaginar.

Sin embargo no nos anticipemos á lo que arrojará de sí la continuacion de esta historia. Decir aquí como el mismo Alejandro y sus partidarios adoptaron estas ideas, seria detenernos inútilmente; lo que hay de cierto es que unos y otros estaban intimamente penetrados y que se prometieron hacer de ellas la base de la política europea. El principe Czartoryski viendo en todo ello una probabilidad de reconstitucion para la Polonia, deseaba ardientemente ponerla en ejecucion, cosa tanto mas posible para él, cuanto que desde la retirada de Mr. de Woronzoff á sus posesiones, habia ascendido de simple adjunto al departamento de negocios estrangeros, á ministro de este ramo. MM. de Nowosiltzoff y de Strogonoff adjuntos uno á la justicia y otro al interior, se consagraban á otros cuidados muy diferentes de los que requerian su aparente cargo, pues se ocupaban con su jóven cólega y el emperador en constituir el mundo sobre nuevas bases. Resolvióse que el mas diestro de ellos, que era Nowosiltzoff, pasára á Lóndres para conferenciar con Mr. Pitt y hacerle aceptar los proyectos de la córte de Rusia. Necesitábase convertir el ambicioso gabinete británico, inclinarlo á las miras desinteresadas del proyecto,

con objeto de poder fundar lo que llamaba la *alianza de mediacion*, y en nombre de esta alianza, hablar a la Francia de manera que se la obligara á prestar oídos. Un primo de Mr. de Strogonoff, salió para Madrid con el doble fin de poner paz entre Inglaterra y España y unir con lazos indisolubles esta nacion y el Portugal, decidiéndose tambien que Mr. de Strogonoff pasaria por Lóndres antes de ir á Madrid, para dar principio en aquella capital á su mision conciliadora, pues como á juicio de toda la Europa, la conducta de la Inglaterra con respecto al comercio español se habia considerado como injusta y odiosa, era necesario manifestarle que si no adoptaba un proceder mas en armonia con la razon, se la dejaria sola en su lucha contra la Francia, encerrándose con todas las potencias continentales en una neutralidad mortal para la gran Bretaña.

Los dos jóvenes rusos encargados de hacer adoptar en el extranjero la politica de su gabinete, salieron para Lóndres en los últimos dias de 1804. Mr. de Nowosiltzoff, á quien el embajador Woronzoff, hermano del canciller retirado, presentó á la corte de Inglaterra, fué recibido con una distincion y esmero capaces de coamover á un joven diplomático, que por la vez primera tenia el honor de mezclarse en los grandes asuntos de Europa. A pesar de que mas bien la aspereza y el orgullo que la astucia, caracterizan generalmente la diplomacia inglesa, lord Havrowby y sobre todo Mr. Pitt, con quien entró directamente en conferencia el enviado ruso, conocieron bien pronto con que clase de inteligencias iban á tratar y así se condujeron en consecuencia. El anciano

Pitt, viejo por el papel que representaba mas que por su edad, amansado por el peligro en medio de su altivez, se complacia en que se le volviese á presentar la alianza del continente, para oponer dificultades. Fué complaciente en todo aquello que debia serlo, con aquellos jóvenes inespertos y alimentados de quimeras; escuchó las raras proposiciones del gabinete ruso, y aparentó acogerlas con grande consideracion, pero las modificó como á su politica convenia, guardándose bien de rechazarlas y limitándose á aplazar para la época de la paz general, lo que era incompatible con los intereses de la politica inglesa. Hizo que le diesen por escrito las proposiciones del enviado ruso, y en vista de ellas escribió sus propias observaciones (1). Al principio Mr. Pitt sufrió las duras repreensiones del joven ruso; dejó que censurase la ambicion de Inglaterra, la dureza de su conducta, su sistema usurpador que servia de pretexto al sistema usurpador de la Francia; y por último que le dijese, que para formar una nueva alianza, era menester fundarla sobre un gran desinterés de parte de todas las potencias contratantes. Con esto último se animó el gefe del gabinete británico, aprobó mucho las ideas del embajador de Alejandro y declaró que en efecto era menester despojarse completamente de toda mira personal, si se queria arrancar la máscara con que se cubria la ambicion francesa; que era indispensable necesario que los aliados no mostrasen pensar en sí mismos, sino

(1) Yo mismo he leído el proceso verbal de estas conferencias, de las cuales hay una copia en Francia.

en la independencia de Europa, oprinida por una potencia bárbara y tiránica. La gravedad de los hombres, la gravedad de los intereses que los ocupa, no impide que muchas veces den lugar á un espectáculo muy pueril; y en efecto ¿no tiene algo de muy pueril el ver á esos diplomáticos, representantes de ambiciones que hace ya siglos agitan el mundo entero, criticar á la Francia su insaciable avidez? ¿Acaso el ministro inglés pretendia otra cosa que la posesion de la isla de Malta, de las Indias y el imperio del mar? Acaso el ministro ruso hubiera querido mas que la Polonia y una influencia dominante en el continente? ¿Qué lástima daba oír á los gefes de los estados dirigirse formalmente semejantes reconven- ciones! Sin duda, Napoleon fué mucho mas ambicioso en su interés personal y sobre todo en el nuestro, pero registrado, si puede decirse así, Napoleon, en sus causas morales, ¿fué otra cosa que la reaccion del poder francés contra las usurpaciones de las córtes europeas en el último siglo, contra la particion de la Polonia y la conquista de las Indias? La ambicion es el vicio ó la virtud de todas las naciones, es vicio, cuando atormenta al mundo sin hacerle bien alguno, y virtud cuando lo agita civilizándolo. Bajo este punto de vista, la ambicion de que menos tengan que quejarse todavía las naciones, aunque hayan padecido, es la de la Francia; pues no hay pais por donde hayan atravesado sus armas, que no haya quedado mejor y mas ilustrado.

Convínose, pues, entre Mr. Pitt y Mr. de Nowosiltzoff que la nueva alianza ostentaria el mayor desinterés, para poner mas en relieve la in-

saciable avidez del emperador de los franceses. Quedaron acordes en que seria muy útil hacer desaparecer de la escena europea á tan temible personage, pero al mismo tiempo se reconoció que seria imprudente anunciar la intencion de imponer un nuevo gobierno á la Francia, y por lo mismo que se debería esperar hasta que el mismo pais se pronunciase, apoyarle si se mostraba dispuesto á sacudir el yugo imperial, y sobre todo poner el mayor cuidado en garantizar á los gefes del ejército la conservacion de sus grados, y á los propietarios de bienes nacionales, la conservacion de ellos. Todas las proclamas dirigidas á la nacion francesa debian abundar en las mayores seguridades sobre este punto, y aun Mr. Pitt se adelantó á decir, que consideraba esta precaucion tan importante que estaba pronto á valerse de los fondos de Inglaterra para hacer una provision, es su misma espresion, con objeto de indemnizar á los emigrados que habian permanecido fieles á los Borbones, y de este modo quitar todo motivo de alarma á los poseedores de bienes nacionales. Hé aquí como soñaba Mr. Pitt en la famosa indemnizacion á los emigrados, veinte años antes del dia en que ha sido votada por el parlamento de Francia. Queriendo despojar de su interés semejantes pretensiones, no sabia seguramente á lo que se comprometia; pero, manifestándose dispuesto á ponerlo en práctica á espensas del tesoro británico, probaba el inmenso valor que daba la Inglaterra á la caida de Napoleon, que tan temible le era.

La idea de reunir una imponente masa de fuerzas, en cuyo nombre se trataria antes de